

EFFECTOS DE LUGAR

Pierre Bourdieu

Efectos de lugar forma parte del libro La miseria del Mundo. Akal 1999. Pierre Bourdieu es una figura central del pensamiento europeo y, desde sus primeros años como profesor asistente en la Facultad de Letras de Argelia, uno de los intelectuales más críticos y políticamente activos de la segunda mitad del siglo XX. En relación con los temas tratados en el curso de doctorado, es muy recomendable también la lectura de Sobre la televisión. Ed. Anagrama. 2000.

Hablar hoy de "suburbio problemático" o de "gueto" es evocar casi automáticamente, no "realidades" -por otra parte ampliamente desconocidas por quienes hablan de ellas con la mayor naturalidad-, sino fantasmas, alimentados por experiencias emocionales suscitadas por palabras o imágenes más o menos incontroladas, como las que vehiculan la prensa sensacionalista y la propaganda o el rumor políticos. Para romper con las ideas recibidas y el discurso común no basta, como a veces se quiere creer, con "ir a ver" qué pasa. En efecto, la ilusión empirista nunca se impone tanto como en estos casos, en los que el enfrentamiento directo con la realidad no deja de presentar algunas dificultades, si no algunos riesgos, y por lo tanto algún mérito. Y sin embargo todo hace pensar que lo esencial de lo que se vive y se ve *sobre el terreno*, es decir, las evidencias más sorprendentes y las experiencias más dramáticas, tiene su origen en un lugar completamente distinto. Nada lo muestra mejor que los guetos estadounidenses, esos lugares abandonados que se definen, en lo fundamental, por una *ausencia*: esencialmente, la del Estado y todo lo que se deriva de éste, la policía, las escuelas, las instituciones sanitarias, las asociaciones, etc.

Más que nunca, pues, es preciso practicar el pensamiento *para-dójico*, levantando a la vez contra el buen sentido y contra los buenos sentimientos, aunque se exponga a aparecer ante los bienpensantes de ambos casos como una idea preconcebida, inspirada por el deseo de *épater le bourgeois*, o como una forma de indiferencia insoportable con respecto a la miseria de los más desvalidos. Sólo es posible romper con las falsas evidencias y los errores inscritos en el pensamiento sustancialista de los lugares si se efectúa un análisis riguroso de las relaciones entre las estructuras del espacio social y las del espacio físico.

Espacio físico y espacio social

En tanto que cuerpos (e individuos biológicos), los seres humanos están al igual que las cosas situados en un lugar (no están dotados de la ubicuidad que les permitía estar en varios a la vez) y ocupan un sitio. El *lugar* puede definirse claramente como el punto del espacio físico en que un agente o cosa están situados, "tienen lugar", existen. Ya sea como *localización* o, desde un punto de vista relacional, como *posición*, rango en un orden. El sitio ocupado puede definirse como la extensión, la superficie y el volumen que un individuo o cosa ocupan en el espacio físico, sus dimensiones o, mejor, su envolvente (como a veces se dice de un vehículo o un mueble).

Los agentes sociales que se constituyen como tales en y en relación con un *espacio social* (o, mejor, con determinados campos) -y también las cosas en tanto que los agentes se apropian de ellas, y son pues contituidas como propiedades-, están situados en un lugar del espacio social que puede caracterizarse por su posición relativa con respecto a los otros lugares (encima de, debajo de, entre, etc.) y por la distancia que lo separa de ellos. Así como el espacio físico se define por la exterioridad recíproca entre las partes, el espacio social se define por la exclusión mutua (o la distinción) de las posiciones que lo constituyen, es decir, como estructura de yuxtaposición de posiciones sociales.

Así, la estructura del espacio se manifiesta, en los contextos más diversos, bajo la forma de oposiciones espaciales donde el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social. en una sociedad jerarquizada no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales, de un modo (más o menos) deformado y sobre todo enmascarado por el *efecto de naturalización* que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural: así, determinadas diferencias producidas por la lógica histórica pueden parecer como surgidas de la naturaleza de las cosas (basta con pensar en la idea de "frontera natural"). Es lo que ocurre, por ejemplo, con todas las proyecciones espaciales de la diferencia social entre los sexos (en la iglesia, en la escuela, en los lugares públicos como en el ambiente doméstico).

De hecho, el espacio social se retraduce en el espacio físico, aunque siempre de manera más o menos *turbia*: el poder sobre el espacio que da la posesión del capital en sus diversas especies se manifiesta, en el espacio físico apropiado, bajo la forma de una

determinada relación entre la estructura espacial de distribución de los agentes y la estructura espacial de distribución de los bienes o servicios, privados o públicos. La posición de un agente en el espacio social se expresa en el lugar del espacio físico en que está situado (aquel del que se dice que no tiene "ni casa ni hogar", "ni domicilio fijo", carece -prácticamente- de existencia social), y por la posición relativa que las localizaciones temporales (como los sitios de honor, ubicaciones reglamentadas por el protocolo) y sobre todo permanentes (domicilio provado y domicilio profesional) ocupan con respecto a las localizaciones de los otros agentes; se expresa también en el sitio que ocupa (por derecho) en el espacio a través de sus propiedades (casas, apartamentos u oficinas, tierras de cultivo o terrenos para explotar o edificar, etc.), que son más o menos espaciosas o, como a veces se dice, *space consuming* (el consumo más o menos ostentoso de espacio es una de las formas por excelencia de la ostentación del poder). Una parte de la inercia de las estructuras del espacio social se deriva del hecho de que están inscritas en el espacio físico, y de que sólo pueden modificarse a costa de un *trabajo de trasplante*, una mudanza de las cosas y un desarraigo o una deportación de las personas que en sí mismos supondrían transformaciones sociales extremadamente difíciles y costosas.

El espacio social reificado (es decir físicamente realizado u objetivado) se presenta, así, como la distribución en el espacio físico de diferentes especies de bienes y servicios y también de agentes individuales o grupos localizados físicamente (en tanto que cuerpos vinculados a un lugar permanente) y provistos de oportunidades, más o menos efectivas, de apropiación de esos bienes y servicios (en función de su capital y también de la distancia física con respecto a esos bienes, que depende a su vez del mismo capital). En la relación entre la distribución de los agentes y la distribución de los bienes en el espacio se define el valor de las diferentes regiones del espacio social reificado.

Los diferentes campos o, si se prefiere, los diferentes espacios sociales físicamente objetivados, tienden a superponerse, al menos *grosso modo*: resultan de ello concentraciones de los bienes más escasos y de sus propietarios en ciertos lugares del espacio físico (Fifth Avenue, Rue du Faubourg Saint-Honoré), que se oponen desde cualquier óptica a los lugares que reagrupan principalmente o de forma exclusiva a los más desfavorecidos (suburbios pobres, guetos). Estos lugares de fuerte concentración de propiedades positivas o negativas (estigmas) constituyen trampas para el analista que, al aceptarlas como tales, se condena a dejar escapar lo esencial: como la avenida Madison, la Rue du Faubourg Saint-Honoré agrupa a galeristas, anticuarios, casas de alta costura, zapateros a medida, pintores, interioristas, etc., esto es, todo un abanico de comercios que tienen en común ocupar posiciones elevadas (por lo tanto homólogas entre sí) en sus campos respectivos y que sólo pueden comprenderse en lo que tienen de más específico si se los pone en relación con los comercios situados en el mismo campo, en posiciones inferiores y en otras regiones del espacio físico. Por ejemplo, los interioristas de la Rue du Faubourg Saint-Honoré se oponen (en primer lugar por la solemnidad de su nombre, pero también por sus propiedades, naturaleza, calidad y precio de los productos ofrecidos, calidad social de la clientela, etc.) a quienes, en la Rue du Faubourg Saint-Antoine, son los llamados carpinteros, como los centros de belleza se oponen a las simples peluquerías, los zapateros a medida a las zapaterías corrientes, etc., oposiciones que se afirman en un verdadero simbolismo de la distinción: referencia a la unicidad de la "creación" y el "creador", invocación de la antigüedad y la tradición, de la nobleza del fundador y su actividad, siempre designada por dobletes de dignidad, a menudo tomados del inglés.

Del mismo modo, la capital es, sin juegos de palabras, al menos en el caso de Francia, el lugar del capital, es decir, del espacio físico donde están concentrados los polos positivos de todos los campos y la mayoría de los agentes que ocupan las posiciones dominantes: en consecuencia, no puede ser pensada adecuadamente más que en relación con la provincia (y lo "provinciano"), que no es otra cosa que la privación (muy relativa) de la capital y el capital.

Las grandes oposiciones sociales objetivadas en el espacio físico (por ejemplo capital/provincia) tienden a reproducirse en el pensamiento y el lenguaje bajo la forma de oposiciones constitutivas de un principio de visión y división, es decir, en tanto que categorías de percepción y apreciación o de estructuras mentales (parisino/provinciano, *in/no in*, etc.). Así, la oposición entre la *rive gauche* y la *rive droite* que se percibe en los planos y los análisis estadísticos sobre el público (de los teatros) o entre las características de los artistas expuestos (en las galerías) está presente, no sólo en el espíritu de los espectadores potenciales, sino también en el de los autores de obras teatrales o en el de los pintores y los críticos, como

oposición que actúa como una categoría de percepción y apreciación, entre el arte experimental y el arte "burgués" (*théâtre de boulevard*).

En términos más generales, las sordas conminaciones y las llamadas al orden silenciosas de las estructuras del espacio físico apropiado son una de las mediaciones a través de las cuales las estructuras sociales se convierten progresivamente en estructuras mentales y en sistemas de preferencias. En términos más concretos, la incorporación insensible de las estructuras del orden social se hace efectiva, en buena medida, a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales sobre las cuales se afirman determinadas distancias sociales, y también, más específicamente, a través de los *desplazamientos y movimientos del cuerpo* que esas estructuras sociales convertidas en estructuras espaciales, y con ello *naturalizadas*, organizan y cualifican socialmente como subida ("subir a París"), entrada (inclusión, cooptación, adopción) o salida (exclusión, expulsión, excomunión), acercamiento o alejamiento con respecto a un lugar central y valorizado: pienso, por ejemplo, en la actitud respetuosa que exigen la grandeza y la altura (las del monumento, el estrado o la tribuna) o la frontalidad de obras escultóricas y pictóricas, o bien, más sutilmente, en las conductas de deferencia y reverencia que imponen tácitamente la simple calificación social del espacio (sitios de honor, la fila cero, etc.) y todas las jerarquizaciones prácticas de las regiones del espacio (parte alta/parte baja, partes dignas/partes pudendas, proscenio/bastidores, fachada/trastienda, lado derecho/lado izquierdo, etc.).

Desde que el espacio social está inscrito simultáneamente en las estructuras espaciales y en las estructuras mentales que son parte del producto de incorporación de las primeras, el espacio es uno de los lugares donde se afirma y ejerce el poder, sin duda bajo la forma más sutil, la de la violencia simbólica como violencia inadvertida: los espacios arquitectónicos cuyas conminaciones mudas interpelan directamente al cuerpo -y obtienen de éste, con tanta infalibilidad como la etiqueta en las sociedades cortesanas, la reverencia, el respeto que nace del alejamiento o, mejor, del estar lejos, a distancia respetuosa-, son sin duda los componentes fundamentales, a causa de su misma invisibilidad (para los propios analistas a menudo aferrados asimismo a los signos más visibles del poder simbólico, cetros y coronas, como los historiadores que siguen a Schramm), del simbolismo del poder y de los efectos totalmente reales del poder simbólico.

Las luchas por la apropiación del espacio

El espacio o, más concretamente, los lugares y los sitios del espacio social reificado, y los beneficios que procuran, son el objeto del conflicto (en los diferentes campos). Los beneficios de espacio pueden asumir la forma de *ganancias de localización*, en sí mismas susceptibles de analizarse en dos clases: las rentas (llamadas de situación) que se asocian al hecho de estar situado junto a agentes y bienes escasos y deseables (tales como los equipamientos educativos, culturales o sanitarios); las *ganancias de posición o de rango* (como las que asegura una calle prestigiosa), caso particular de las ganancias simbólicas de distinción que se vinculan a la posesión monopólica de una propiedad distintiva. (Al poder medirse las distancias físicas según una métrica espacial o, mejor, temporal, en la medida en que los desplazamientos tardan más o menos de acuerdo con las posibilidades de acceso a los medios de transporte, públicos o privados, el poder que da el capital, en sus diferentes formas, sobre el espacio es también un poder sobre el tiempo.). Pueden asumir también la forma de *ganancias de ocupación* (o de volumen), y la posesión de un espacio físico (grandes parques, amplios apartamentos, etc.) puede ser una manera de mantener a distancia y excluir toda clase de intrusiones indeseables (como observa Raymond Williams en *Town and Country*, se trata de las "alegres perspectivas" de la casa solariega inglesa que, para satisfacción del propietario, transforma el campo y a los campesinos en paisaje, o la garantía de una "vista diáfana" en la publicidad inmobiliaria).

La capacidad de dominar el espacio, en especial apropiándose (material o simbólicamente) de los bienes escasos (públicos o privados) que se distribuyen en él, depende del capital que se tiene. Éste permite mantener a distancia a las personas y las cosas indeseables, al mismo tiempo que acercarse a las personas y las cosas deseables (debido, entre otras cosas, a su riqueza en capital), y minimiza de ese modo el gasto (en particular de tiempo) necesario para apropiarse de ellas: la proximidad en el espacio físico permite que la proximidad en el espacio social produzca todos sus efectos al facilitar o favorecer la acumulación de capital social y, más concretamente, al posibilitar el aprovechamiento constante de los encuentros a la vez fortuitos y previsibles que asegura el hecho de frecuentar los lugares de buena concurrencia. (La posesión del capital asegura

además la cuasi ubicuidad que hace posible el dominio económico y simbólico de los medios de transporte y comunicación, a menudo reiterada por el efecto de la delegación, poder de existir y actuar a distancia por persona interpuesta.)

A la inversa, quienes carecen de capital son mantenidos a distancia, ya sea física o simbólicamente, de los bienes socialmente más escasos, y se los condena a codearse con las personas o bienes más indeseables y menos escasos. La falta de capital intensifica la experiencia de la finitud: encadena a un lugar¹.

Las luchas por la apropiación del espacio pueden asumir una forma *individual: la movilidad espacial*, intrageneracional o intergeneracional -los desplazamientos en ambos sentidos entre la capital y la provincia, por ejemplo, o los traslados sucesivos dentro del espacio jerarquizado de la capital-, es un buen indicador de los éxitos o fracasos obtenidos en estas luchas y, en términos más generales, de toda la trayectoria social (aunque unos agentes que difieran por edad y por trayectoria social -altos ejecutivos jóvenes y ejecutivos medios mayores, por ejemplo- pueden coexistir provisionalmente en un mismo lugar de trabajo y encontrarse, también provisionalmente, en lugares de residencia vecinos).

El éxito en estas luchas depende del capital que se posee (bajo sus diferentes especies). en efecto, las posibilidades medias de aproximación de los diferentes bienes y servicios materiales o culturales asociados a un hábitat determinado, se especifican para los distintos ocupantes de éste según las capacidades de apropiación (materiales -dinero, medios de transporte privados- y culturales) que cada uno detenta en propiedad. Se puede ocupar físicamente un hábitat sin habitarlo, hablando con propiedad, si no se dispone de los medios tácitamente exigidos, comenzando por un cierto *habitus*.

Si bien el hábitat contribuye a formar el *habitus*, el *habitus* contribuye a su vez a formar el hábitat a través de los usos sociales, más o menos adecuados, que se inclina a hacer de él. Así, se llega a poner en duda la creencia de que el acercamiento espacial de agentes muy alejados en el espacio social pueda tener, de por sí, un efecto de acercamiento social: de hecho, nada es más intolerable que la proximidad física (experimentada como promiscuidad) de individuos socialmente muy distantes.

Entre las propiedades que supone la ocupación legítima de un lugar, hay algunas, y no son las menos determinantes, que sólo se adquieren mediante su ocupación prolongada y la frecuentación continua de sus ocupantes legítimos; es el caso, naturalmente, del capital social de *relaciones* o *contactos* (y muy en particular de esos contactos privilegiados que son las amistades de la infancia o la adolescencia) o de los aspectos más sutiles del capital cultural y lingüístico, como los modales corporales y la pronunciación (el acento), etc. Así como tantos otros rasgos que confieren todo su peso al *lugar de nacimiento* (y, en menor medida, al de residencia).

Bajo pena de sentirse *desplazados*, quienes entran en un espacio, deben cumplir las condiciones que éste exige tácitamente de sus ocupantes. Puede tratarse de la posesión de cierto capital cultural, cuya ausencia puede impedir la apropiación real de los bienes llamados públicos o la intención misma de apropiarse de ellos. Pensamos, por descontado, en los museos, pero también en los servicios que se consideran, sin duda, más universalmente necesarios, como los de las instituciones médicas o jurídicas. Se tiene el París del propio capital económico, pero también del propio capital cultural y social (no basta con entrar en

¹Juntando, por ejemplo, el conjunto de los datos estadísticos disponibles sobre los índices de capital económico, cultural y social, sobre los bienes y servicios existentes en una región francesa, es posible mostrar que lo esencial de las diferencias regionales que con frecuencia se atribuyen a un determinismo geográfico puede relacionarse con diferencias de capital que deben su permanencia en la historia al efecto de fortalecimiento circular que se ha ejercido continuamente en el curso de ésta (debido, en especial, a que las aspiraciones, sobre todo en materia de vivienda y cultura, dependen en gran parte de las posibilidades objetivamente ofrecidas a su satisfacción). Sólo después de haber identificado y medurado la parte de los fenómenos observados que, en apariencia ligados al espacio físico, reflejan en realidad diferencias económicas y sociales, podríamos tener la esperanza de aislar el residuo irreductible que, en propiedad, debería imputarse al efecto de la proximidad y la distancia en el espacio puramente físico. Es el caso, entre otros, del efecto de pantalla que resulta del privilegio antropológico otorgado al presente directamente percibido y, al mismo tiempo, al espacio visible y sensible de los objetos y agentes copresentes (los vecinos directos), y que hace, por ejemplo, que las hostilidades vinculadas a la proximidad en el espacio físico (conflictos de vecindad, etc.) puedan ocultar solidaridades asociadas a la posición ocupada en el espacio social, nacional o internacional, o bien que ciertas representaciones impuestas por el punto de vista ligado a la posición ocupada en el espacio social local (el pueblo, por ejemplo) pueden impedir captar la posición ocupada en el espacio social nacional.

Beaubourg para apropiarse del museo de arte moderno). En efecto, ciertos espacios, y en particular los más cerrados, los más "selectos", exigen no sólo un capital económico y cultural sino también un capital social. Procuran capital social y capital simbólico mediante el *efecto club* resultante de la reunión duradera (en los barrios elegantes o las residencias de lujo) de personas y cosas que, diferentes a la mayoría, tienen en común no ser comunes; esto es, en la medida en que, por derecho (mediante alguna forma de *numerus clausus*) o de hecho (el intruso está condenado a experimentar una sensación de exclusión capaz de privarlo de algunos de los beneficios asociados a la pertenencia) excluyen a quienes no presentan todas las propiedades deseadas o presentan (al menos) una de las propiedades indeseables.

El barrio elegante, como un club fundado en la exclusión activa de las personas indeseables, consagra simbólicamente a cada uno de sus habitantes permitiéndoles participar del capital acumulado por el conjunto de los residentes; al contrario, el barrio estigmatizado degrada simbólicamente a quienes lo habitan, y éstos, como contrapartida, lo degradan a su vez a él, ya que al estar privados de todos los triunfos necesarios para participar en los diferentes juegos sociales, no comparten más que su común excomunión. La concentración en un mismo lugar de una población homogénea en la desposesión tiene el efecto de reforzar la desposesión, particularmente en materia de cultura y práctica cultural: las presiones ejercidas, a escala del aula o de la institución escolar, como a la escala del barrio, por los más desfavorecidos, por los más alejados de las exigencias constitutivas de la existencia "normal", producen un efecto de arrastre hacia abajo y por lo tanto de nivelación, y no dejan otra salida que la huida (a menudo imposible por la falta de recursos) hacia otros lugares.

Las luchas por el espacio también pueden asumir formas más *colectivas*, ya se trate de las que se desarrollan en el plano nacional en torno de las políticas habitacionales o de las que se sitúan en el nivel local, con respecto a la construcción y asignación de viviendas sociales o a decisiones en materia de equipamientos públicos. Las más cruciales tienen por objeto último la política del Estado, que posee un inmenso poder sobre el espacio derivado de la capacidad de decidir sobre el mercado del suelo, de la vivienda y también, en gran medida, del trabajo y de la escuela. Fue a través de una concertación y confrontación ente los altos funcionarios del Estado -ellos mismos divididos-, los integrantes de los grupos financieros -directamente interesados en la venta de crédito inmobiliario- y los representantes de las colectividades locales y las administraciones públicas, como se elaboró la política de vivienda que, en especial a través del régimen tributario y de las ayudas a la construcción, operó una verdadera *construcción política del espacio*: en la medida en que favoreció la *construcción de grupos homogéneos con fundamento espacial*, esta política es en gran parte responsable de lo que puede observarse directamente en los bloques habitacionales degradados o las urbanizaciones abandonadas por el Estado.